
Paulita

Federico Gana

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7365

Título: Paulita

Autor: Federico Gana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 15 de enero de 2022

Fecha de modificación: 15 de enero de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Paulita

¿Llueve, Paulita? le pregunto, abriendo los ojos cargados de sueño.

—Lloviendo toda la noche sin descansar, señor, me contesta, al mismo tiempo que deposita cuidadosamente sobre el velador una humeante taza de café. En seguida, cruza los brazos sobre el pecho y se queda inmóvil contemplando fijamente, a través de los vidrios de la ventana, el cielo, de un gris sucio y opaco, cerrado por la lluvia torrencial. Yo, desde mi lecho, diviso confusamente allá, afuera, las siluetas de los árboles doblados por el fuerte viento del norte; las nubes tenebrosas que vuelan rápidas hacia el sur; los campos, de un verde tierno y brumoso, cubiertos de agua; los animales que vagan aquí y allá en los potreros como entumecidos de frío; las gotas que borbotean sin término en las charcas.

—Con este tiempo tan malo, los animales y los pobres son los que padecen; agrega Paulita, contemplando tristemente embebida el paisaje.

Después se vuelve hacia mí y me mira sonriendo, con los ojos brillantes, como invitándome a entablar una de esas charlas matinales a que la tengo acostumbrada, en las que tratamos largamente de toda la crónica doméstica de la casa de campo, de la que ella está muy impuesta como llavera del fundo que es desde hace largos años.

Es una viejecita de pequeña estatura, encorvada por los años y los achaques, vestida de riguroso luto, y a pesar del frío y la humedad de esa mañana de invierno, no lleva por todo abrigo sino un pequeño pañuelo de lana que apenas le cubre la cabeza y el cuello. Sus cabellos grises, ásperos y fuertes, su color oscuro y bilioso, su estrecha frente y los pómulos y las mandíbulas muy pronunciadas, denuncian a las claras su origen araucano. Sólo los ojos son grandes, negros, rasgados e inteligentes.

Por fin le digo.

—Y ha sabido de José?

Al escuchar estas palabras, un destello indefinible de orgullo, de embriaguez y de esperanza, parece encenderse de súbito en el fondo de sus ojos, que parpadean; se acerca a mi lecho y me contesta rápidamente en voz baja, confidencialmente:

—De José, de Josesito, mi hijo! sí, señor, ¿cómo no había de saber? Está muy en grande por allá, en Antofagasta. Dicen que ya se salió de ese hotel y que ha juntado plata para poner una tienda. Dicen también que anda muy elegante, que parece todo un caballero. Yo lo decía que Dios había de proteger a mi hijo tan bueno, tan amante, tan sometido y respetuoso con su madre. Cuando lo puse a servir, el primer sueldo me lo trajo hasta el último centavo, y me dijo: «Aquí tiene, madre, para que se compre todas sus faltas». Después, cuando salía a verme, siempre me traía cualquier regalito. Decía también que yo ya no estaba para trabajar, que él me daría para que descansara en mi vejez. Ahora, tan arreglado, tan cuidadoso de su persona, tan sin vicios... Se interrumpe un instante, apoya la barba en su mano enflaquecida, suspira débilmente, y fijando sus ojos dilatados en el suelo, exclama con voz apagada, como hablándose a sí misma:

—Y ahora ¡tan lejos de mí el pobre niño! ¿Quién me lo atenderá por allá?...

—¿Y le ha escrito desde que se fué? ¿Le ha mandado algún recuerdo?

Al escuchar estas palabras, su rostro moreno y amarillento parece demudarse de súbito, cierra a medias los ojos y contesta con voz estrangulada, sonriendo pálidamente.

—Sí... siempre me escribe... desde que se fué, ahí tengo las cartas... se las traeré para que las vea... Es tan atento... También me ha mandado algunos engaños. Dice que no se viene, porque no quiere llegar pobre aquí. —Suspira con esfuerzo, fija los ojos turbios e inciertos en la abierta ventana, y continúa:

—Y pensar que ya va para los tres años que anda por allá. ¡Esto es terrible para una, verse sola en la vejez sin tener a nadie que le cierre los ojos! Guarda silencio un instante, fijando en mí su mirada triste y abatida, y, en seguida, agrega con dolorosa sonrisa:

—¡Ah! señor ¡qué crimen mas grande es la pobreza, porque si yo hubiese tenido algo, José no se me habría ido con ese caballero, su pariente, que

le vino a formar tan bonitos planes para llevárselo al norte! Y ese hombre tiene la culpa de que yo esté padeciendo ahora, termina con voz fuerte, vibrante de cólera y desesperación.

Trata de proseguir, pero la voz se le ahoga en la garganta; su boca se contrae convulsivamente; gruesas lágrimas asoman a sus ojos encendidos, y resbalan lentamente por sus mejillas rugosas, y, por fin, murmura con acento entrecortado por los sollozos:

Y él... allá... al fin del mundo... y yo tendré que morirme aquí como un perro; porque esto me matará, esto me ha muerto, señor!

Se lleva al pecho las manos, como tratando de desembarazarse de algo que la ahogara, se da vuelta, y se aleja rápidamente, tambaleándose, con el rostro contraído inclinado hacia tierra y la trémula cabeza hundida en los hombros.

* * *

Pocos días después de esta escena, estoy sentado frente a mi escritorio leyendo tranquilamente los diarios, que acaba de traer el correo de la mañana. Por la abierta ventana penetran los tibios rayos del sol de invierno; en el jardín que hay al frente se escucha el lento gotear de los árboles que sacuden el agua de la pasada lluvia, el grito estridente de las golondrinas, el confuso gorjeo de los pájaros saludando alegremente al buen tiempo. Grandes, espesas nubes blancas se divisan allá entre los árboles del camino real, destacándose inmóviles sobre el húmedo azul del cielo; y un hálito poderoso, embriagante de vida, cargado con el acre perfume de las yerbas silvestres y de la tierra mojada, llega hasta lo más hondo de mi pecho. Todo lo que me rodea, parece nuevo, brillante, claro: los campos, las casas, los montes distantes, hasta la blanca torrecilla del Cementerio lugareño que contemplo, en lontananza, a través de los álamos negruzcos. Yo me siento también ágil, ligero y alegre, con el corazón henchido de no sé qué vaga, indefinible esperanza.

De repente, siento que la puerta de la habitación se abre suavemente; rápidas pisadas que yo conozco muy bien resuenan tras de mí sobre la alfombra. Paulita está frente a mí; trae debajo del brazo un pequeño envoltorio; sus labios se agitan como si desearan comunicarme luego algo importante. Con la luz fuerte y clara que penetra por la ventana, su rostro aparece demacrado, pálido y enfermizo; sus grandes ojos negros,

circundados de profundas ojeras violáceas, brillan intensamente con los resplandores de la fiebre; pero su boca sonrío enigmática, maliciosa... Se inclina a mi oído y me dice misteriosamente:

—Hoy me ha llegado carta de él, sabe? Aquí la traigo para que la vea.

—¡Ah! José le ha escrito —le digo.

Me hace un repetido signo de afirmación con la cabeza, al mismo tiempo que se busca nerviosamente algo en el pecho. Por fin, saca un pequeño papel todo arrugado y me lo pasa cuidadosamente, diciéndome:

—Léamela, señor, para ver qué es lo que ha puesto ahí.

Es una breve carta que principia con el consabido: «Espero que al recibo de ésta se encuentre gozando de una completa salud; yo quedo aquí bueno, a sus órdenes. Esta es para decirle que ya muy luego me voy a embarcar. Espero sólo juntar algo para el pasaje, porque hay que atravesar el mar.

«También le diré que yo no me puedo hacer por aquí, porque no hay día que no me acuerde de usted y de todos. También quería decirle que el negocio mío es una cantina. Algo se gana, porque es mejor trabajar solo que no apatronado. Le mando esas cositas para que se abrigue este invierno y se acuerde de su pobre hijo. —*José Morales.*»

Mientras delecto pausadamente en voz alta esta epístola, la anciana, con la mano en la mejilla, las cejas fruncidas y una suave sonrisa en los labios, parece sumergida en un dulce y embriagador ensueño.

De cuando en cuando, durante la lectura, exhala un suspiro entrecortado.

Al terminar, le devuelvo su tesoro, diciéndole:

—José es un buen muchacho, porque se acuerda de su madre, y no es ingrato.

—Ingrato él —me contesta con una expresión de extravío en la mirada— ¡cuándo es el mejor, el más bueno de todos los hijos! Vea, mire lo que me manda; y principia a desdoblar precipitadamente el paquete que traía bajo el brazo. Y allí,, sobre la mesa, veo extenderse un pañuelo de colores chillones, de los de rebozo, y un género oscuro de lana, todo muy

ordinario. Durante esta exhibición, ella me mira a cada instante con aire inquieto, sonriendo orgullosamente, como diciéndome: ¡Qué le parece!

—Muy bonito, muy bonito está todo, y la felicito porque, al fin, va a ver a su hijo.

—Si ya va a llegar muy pronto, me Contesta rápidamente, con los ojos ardientes, llenos de lágrimas.

Por fin, se aleja con su habitual rapidez, haciéndome alegres signos con las manos, agitando triunfalmente, como un trofeo, su paquete.

* * *

Dos días después tuve que hacer un viaje a Santiago, donde me llamaban diversos negocios urgentes.

Regresé una tarde, y conversando con el anciano mayordomo Simón sobre las novedades ocurridas en el fundo durante mi ausencia, le pregunté:

—Y ¿qué ha habido de nuevo por acá?

—Lo único que hay de nuevo, señor —me contestó— es que doña Paulita está en las últimas.

—¡Cómo! —le dije sorprendido— ¿y qué tiene?

—Hacía tiempo que andaba enferma, sin querer decir nada. Usted sabe lo ágil y alentada que era; pues se lo pasaba los días enteros sentada en el corredor mirando para el campo, y tan triste, sin hablar cosa. Ahora, enflaqueciendo de día en día que era una compasión, hasta que se quedó en los huesos. Yo creo también que en mucho entraba la malura de cabeza, porque todo se le volvía hablar de José, que le había escrito, que iba a llegar... Allá, a mi casa, iba siempre a mostrarme las cartas para que se las leyera, y entonces sí que se ponía contenta. Hace como diez días cayó a la cama... Vino a verla el doctor, y dijo que era consunción, vejez, y que no tenía para qué volver, porque la encontró sin remedio. Ayer traje al señor cura del pueblo para que le pusiese la extremaunción y la confesara. Está muy mala, señor; parece que no pasará de esta noche.

—Vamos a verla —le digo, hondamente conmovido con la noticia.

Al entrar a la habitación de la anciana, situada en la parte baja del edificio destinada a la servidumbre, vi a un individuo desconocido, de manta, que estaba sentado en el umbral de la puerta, quien, al verme y para dejarme paso, se puso de pie respetuosamente con el sombrero en la mano.

En el interior de la humilde estancia, a pesar de ser de día aun, una vela, colocada frente a las imágenes, difundía su claridad triste y amarillenta; algunas mujeres, sirvientes de la casa, arrodilladas aquí y allá sobre la estera, rezaban en voz sorda y monótona. De cuando en cuando, un hondo suspiro ahogado interrumpía la fúnebre calma que reinaba en la habitación.

Allá, en un rincón sepultado en la sombra, distinguí el lecho donde la anciana yacía. En su rostro terroso, profundamente demacrado, vagaba ya la fría majestad de la muerte. Sus ojos, entreabiertos, como velados por una bruma espesa, se fijaban allá, muy lejos, en lo alto; sus labios, fuertemente plegados, denunciaban el misterioso y terrible trabajo de destrucción que se operaba por instantes en su sér; sus manos delgadas y huesosas vagaban continuamente sobre la colcha, como tratando de coger a puñados algo invisible que por el aire vagara, y que se le escapaba siempre...

—Paulita —le digo en voz baja —¿me conoce?

Al escuchar estas palabras, su cabeza rueda lánguida sobre la almohada, volviendo el rostro hacia mí; sus ojos se agrandan bajo las cejas fruncidas, y sus labios se agitan trabajosamente, pareciendo murmurar algo en secreto. De pronto, su semblante se anima y dulcifica, un gesto de íntima satisfacción se dibuja en su boca contraída, y no sé qué luz interior parece iluminar su frente inmóvil; destellos fujitivos y ardientes se reflejan rápidamente en el fondo de las oscuras pupilas, cuál los últimos resplandores de una lámpara próxima a extinguirse; su cuerpo se agita débilmente bajo las ropas, y, por fin, con una voz sorda, lejana, vacilante, entrecortada por el estertor de la agonía, murmura pausadamente, como en un sueño.

—José... Josesito... ¿estás ahí? ¿Has llegado al fin, hijo?... Acércate... pero... ¡tan flaco, tan distinto! ¿Por qué te pierdes ahora?... ¡Abrázame... así... Y tan elegante!... ¡Dios te bendiga!... Pero ya te vas... ¡No vuelves mas!

Después lanza un grito ronco y profundo; hace una gran aspiración; exhala un leve suspiro, y se queda para siempre con los ojos entreabiertos y sin luz, fijos en el mas allá tenebroso...

Al ponerme de pie, veo a mi lado al individuo desconocido que estaba sentado a la puerta, cuando entrara. Es un anciano de cabellos grises, pobremente vestido. Con la cabeza inclinada contempla fijamente a la muerta. Y yo, para disimular mi emoción, murmuro entre dientes:

—Pobre José ¡cuánto va a sentir esta desgracia! ¡Tanto que quería a su madre; tan buen hijo!

El anciano, al escuchar estas palabras, hace un violento gesto de negación con la cabeza, y exclama con voz velada, sonriendo irónicamente:

—José, buen hijo, señor! cuando es él quien tiene la culpa de lo que estamos viendo, de que mi pobre comadre...

—¿Cómo? le digo, mirándolo sorprendido...

—Sí, señor —agrega— porque desde que se fue al norte, ya no se acordó más de que tenía madre; no le escribió nunca; y como han llegado las noticias de que por allá las está echando de caballero...

—¿Y esas cartas que ella andaba mostrando a todos?

—Se las escribía yo, señor, que soy su compadre; porque la pobre vieja me decía que no quería que nadie supiera nunca que su hijo era un ingrato.

—¿Y los regalos?

—Los compraba ella misma en el pueblo con sus ahorros, para venir a enseñarlos aquí en la casa. Yo creo que ella misma trataba de engañarse al fin, porque no tenía la cabeza buena de tanto sufrir...

¡Pobre doña Paulita, al fin ha dejado de padecer! y al terminar, el anciano va lentamente a sentarse, allá, en el umbral de la puerta, donde se queda en silencio, meditando, al parecer, con la barba apoyada entre las manos.

Federico Gana



Federico Gana Gana ?(Santiago de Chile, 15 de enero de 1867 – Ibídem, 22 de abril de 1926) fue un escritor y diplomático chileno.

Hijo mayor de Federico Gana Munizaga y Rosario Gana Castro,^{1?} primos hermanos entre sí y descendientes de Alberto Blest Gana. Inició sus estudios secundarios en el Liceo de Linares en 1878, donde cursó el primer año. Continuó y finalizó su preparación secundaria en el Instituto Nacional. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Chile en 1890,

pero ejerció por muy poco tiempo.

Vivió principalmente en Santiago y en San Bernardo. En octubre de 1890 apareció su primera publicación en el semanario La Actualidad, el cuento "¡Pobre vieja!", que firmó con el seudónimo Pedro Simple. A fines de ese año fue nombrado Segundo Secretario de la Legación Chilena en Londres, cargo que dejó con la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda. Regreso a Chile, en 1892.

En marzo de 1894, apareció otro cuento, "Por un perro", que más tarde tituló "Un carácter". En julio de 1897, La Revista Literaria publicó el relato "Una mañana de invierno", conocido luego como "La Maiga", con el que comienza la corriente de criollismo rural en el país. En 1903 se casó con Blanca Subercaseux del Río, con quien tuvo seis hijos. Este mismo año participó, junto a su amigo Baldomero Lillo, en un concurso literario organizado por la Revista Católica, con los cuentos "La señora", "En las montañas", y "La Maiga".

Colaboró en Zig-Zag desde 1906. En esta revista comenzó su publicación de sus Manchas de color en 1914. Una gran cantidad de páginas suyas circularon en diversas publicaciones periódicas, como La Revista Nueva, Sucesos, Silueta Magazine, El Mercurio, La Nación, Atenea, Las Últimas Noticias.

Los estudios sobre el cuento chileno y su evolución, ha establecido categóricamente que Federico Gana es el auténtico descubridor del campo chileno como tema de este género narrativo. Surgido en el ambiente modernista de fines del siglo XIX, sus cuentos juveniles revelan una natural vacilación entre esa tendencia subjetiva y evanescente que causó el modernismo en sus inicios y la utilización de los motivos concretos que ofrecía la naturaleza del país.